

# ANTIQUITAS

Boletín de la Asociación Amigos del Instituto de Arqueología  
Facultad de Historia y Letras de la Universidad del Salvador

Callao 542 - Buenos Aires

República Argentina

Mayo de 1972

Nº 14

Director Honorario:  
EDUARDO CASANOVA

Directora:  
LIDIA C. ALFARO de LANZONE

Comité de Redacción:

J. M. Suetta - B. Martínez Soler  
M. L. Vidal Fraitts

## *El replanteo para la arqueología del nordeste argentino*

CIRO RENE LAFON

— I —

### NOTA INTRODUCTORIA

Este trabajo debe ser entendido como lo que su título indica: un replanteo. Es un nuevo ordenamiento de los conocimientos por quienes han tratado el tema con anterioridad, más los datos y experiencia que hemos obtenido en un lustro de labor en este sector de nuestro país. Constituye la plataforma en la que descansan los nuevos supuestos con que estamos trabajando, sin prisa y sin pausa, en un proyecto de investigación que muchos de nuestros lectores ya conocen (Lafon, 1970). Con anterioridad dimos a publicidad nuestra primera hipótesis de trabajo (Lafon, 1971), y recientemente, como resumen de los resultados de nuestras campañas de 1970, 1971 y 1972, expusimos una síntesis de cuál era nuestra nueva posición (Lafon, 1972).

El artículo lleva una sola firma, que es la del director del Grupo de Trabajo, respondiendo a reglas establecidas de común acuerdo en lo referente a los trabajos de índole general y a las presentaciones de conjunto. Pero está ínsita en él la contribución efectiva de quienes integran el núcleo responsable del ahora significativo número de investigadores: los licenciados Osvaldo Chiri, Luis A. Orquera, Anselmo Barbieri y Rodolfo Merlino, y el auxiliar docente Ernesto Piana; a ello debe agregarse la colaboración entusiasta y desinteresada de un grupo de alumnos de la Licenciatura en Ciencias Antropológicas: Alvaro de Brito, Mónica Bravo, Eduardo Crivelli, Lidia García, Sergio González, Graciela Kaplan, Car-

los López, Alicia Marra, Luisa Mastrángelo, Alicia Tapia y otros que van incorporándose.

Queda también implícito que este reordenamiento descansa, en buena parte, en la revisión crítica de las contribuciones que nos han precedido, en cuanto se refiere a su contenido y argumento, no desde ángulos personales o estilísticos: modalidad esta última todavía corriente en nuestro medio, que dista mucho de lo que debe ser la lectura crítica. Fulano no yerra porque sea metodista; tampoco yerra porque use mal los gerundios o acierta porque sepa escribir con corrección literaria. Yerra porque viola tales o cuales normas metodológicas, o porque sus argumentos no tienen asidero científico. Lo otro es, lisa y llanamente, una falacia, que —no por casualidad— está tan cerca etimológicamente de falencia, y que, además, puede inducir al lector desprevenido a no valorar debidamente a determinado especialista, o a asociarlo en un mismo nivel con su crítico ocasional.

Con esta presentación aspiramos a hacer conocer cómo trabajamos y en qué estamos trabajando, con el patrocinio de la Universidad Nacional de Buenos Aires, que financia este proyecto por medio del Fondo Especial para la Investigación (del que el autor es beneficiario, previo concurso de méritos y antecedentes).

— II —

### DELIMITACION ESPACIAL

La delimitación espacial respondió en un principio a lo que hoy llamamos un *Encua-*

dre Geográfico Instrumental, que utilizamos como marco para organizar la investigación. Con este sentido habíamos precisado con exactitud el contenido geográfico de lo que hemos denominado *Nordeste Argentino*, como abarcando el cuadrante homónimo del país, entre el meridiano 63, el paralelo 34 y los límites políticos. Su denominación fue elegida en oposición al tradicional Noroeste y porque consideramos que la denominación *Litoral*, usada corrientemente, es demasiado restringida y no se adecúa a la realidad. Dentro de esta unidad geográfica habíamos distinguido tres sectores que corresponden respectivamente a tres regiones naturales claramente distintas, a saber: Chaco (Central y Austral), Mesopotamia, y el extremo norte de la Pampasia al norte del paralelo 34. A su vez, cada una de ellas había sido dividida en unidades menores, a las que consideramos como áreas de investigación (Lafon, 1968; Lafon, 1969; Lafon, 1971): Chaco Central, Chaco Austral, Mesopotamia Septentrional, Mesopotamia Central y Mesopotamia Meridional.

Con esta sistematización geográfica, además de ordenar los antecedentes bibliográficos, tanto arqueológicos como históricos y etnohistóricos, procedimos a organizar la prospección metódica y planificada en cada área de investigación. Reconocimos así los principales yacimientos ya conocidos, que bien podemos llamar clásicos, de los cuales reexcavamos algunos (Campana, Arroyo Sarandí, etc.). Otros sitios fueron descubiertos y varios de ellos fueron excavados con resultados promisorios, sobre los cuales ya hemos tratado en otra oportunidad.

La utilidad de este encuadro fue realmente instrumental, y como tal seguimos valiéndonos de él en ese nivel. Tanto que nos servirá para ordenar, más adelante, un acápite importantísimo como es la *Fenomenología de los yacimientos*, decisiva en el Nordeste para fundamentar la técnica de excavación y para asegurar las inferencias sobre los aspectos socioeconómicos de las unidades culturales determinadas o que se determinen.

Cumplida ya la primera parte del proyecto, y elaborada la primera hipótesis de trabajo, entramos de lleno en la tarea de su verificación (Lafon, 1971, pp. 144-145). Recién en ese instante preciso salimos de los límites políticos, limitación que nos impusimos en un primer momento para evitar teleconexiones y comparaciones a priori que tanto han entorpecido el avance del conocimiento. Antes de salir, encaramos el *Encuadre Geográfico Sistemático*, a nivel continental, de la unidad que en el *Encuadre Geográfico Instrumental* habíamos llamado *Nordeste Argentino*.

En este orden de cosas, el cuadrante en cuestión de nuestro país integra la Cuenca del Plata, lo mismo que las regiones adya-

centes de los países vecinos. Esta es una subárea de la gran área de las Tierras Orientales de Sudamérica, con la misma significación que la Cuenca del Orinoco, la cuenca del Amazonas, el Planalto del Brasil Septentrional y el Litoral Atlántico. En ella distinguimos, con categoría de regiones, tres subdivisiones: el Gran Chaco, la Mesopotamia y el Planalto de Brasil Meridional y Uruguay (Schmitz, 1970). Las que nosotros habíamos planteado como *áreas de investigación* serían, en este sistema, *subregiones*.

Así nos vimos, sin pensarlo, sumergidos en la grave cuestión que plantea la sistematización espacial de la arqueología sudamericana. Y sin que se nos escape el peligro que significa introducirnos en tan espinoso tema, elaboramos nuestro propio ordenamiento, que aparece como muy simplificado, pero que operativamente nos fue de utilidad, precisamente por su grado de imprecisión (que no hace sino reflejar la dificultad de sistematizar geográficamente información arqueológica, que está penetrada verticalmente por la dimensión tiempo). Concebimos así al continente sudamericano como integrado por tres grandes áreas: el Área Andina (subdividida en subáreas andina septentrional, central y meridional), el área de las Tierras Orientales (subdividida en las subáreas ya mencionadas más arriba) y el área de las Mesetas y Llanuras Meridionales (subdividida en las subáreas Pampa y Patagonia; la primera subdividida a su turno en tres regiones, a saber Tierras Altas Occidentales —que acompañan a los Andes de Transición—, la Pampa Seca y la Pampa Húmeda. La subregión septentrional de la Pampa Húmeda, que toma el sudeste de Córdoba, el sur de Santa Fe, el norte de Buenos Aires y el sur de Entre Ríos, cae también dentro de la unidad *Nordeste* que habíamos planteado a nivel instrumental).

De este modo no sólo compaginamos el encuadre instrumental con el sistemático, sino estamos en condiciones de referir el Nordeste argentino al ordenamiento de unidades espaciales del continente y del país: condición *sine qua non* para poder ensayar la comparación de las secuencias regionales cuando ello sea posible.

### — III —

#### FENOMENOLOGIA DE LOS YACIMIENTOS

Entendemos por *Fenomenología de los yacimientos* a la suma de características con las que se nos aparecen en la actualidad los restos arqueológicos en su relación con el medio y el paisaje, como resultado de un proceso natural y cultural que debemos reconstruir. Como en la mayor parte de la enorme ex-



tensión de esta región la ocupación no ha sido permanente, los cambios en el paisaje han sido muchos, la acción constante del hombre se hace cada vez más intensa y la periodicidad de grandes lluvias y crecientes contribuye a modificar, en más o en menos, según los casos, la fisonomía de los yacimientos, resulta de primordial importancia conocer a fondo las características de estos últimos en cada subregión particular. En esta exposición seguiremos el camino de norte a sur, según las áreas de investigación o subregiones precedentemente propuestas.

Los yacimientos detectados hasta ahora en el Chaco (central y austral) corresponden a dos configuraciones definidas, vinculadas estrechamente con su ubicación geográfica:

a) La primera de ellas responde a la ocupación de albardones, continuos o discontinuos, tanto del río Paraná como del Paraguay o de sus afluentes, como así también a la ocupación de albardones de ríos y arroyos secundarios y de lagunas. Sirven de ejemplo los yacimientos de Puerto Bermejo —sobre el arroyo Timbó— y de Laguna La Blanca. En sus características fisiográficas se asemejan a los albardones de Mesopotamia central y meridional a los que nos referiremos más adelante.

b) La segunda de tales configuraciones responde a sitios de vivienda permanentes en pleno monte; las estructuras de ocupación están integradas por recintos rectangulares o trapezoidales, algunos con un montículo interior (Lafon, 1968; Lafon, 1971).

En la faja septentrional de Mesopotamia, los yacimientos conocidos hasta el momento responden también a modalidades distintas:

a) Sitios de ocupación permanente en pleno monte, con restos de construcciones circulares con montículo al centro, que recuerdan a las que acabamos de descubrir para el Chaco austral pero que difieren en su contenido cultural: se trata de los hallazgos de Eldorado, en la provincia de Misiones, estudiados por Menghin hace más de una década. Aunque más adelante, al referirnos a las unidades y formas culturales, trataremos en detalle de la presentación de Menghin, se nos hace un deber manifestar que el carácter informal de las excavaciones y los escasos indicios allí recuperados tornan bastante hipotética —por no decir totalmente— la "Cultura de los Túmulos" y, más aún, su carácter agrícola (Menghin, 1956).

b) Cementerios, cuya atribución cultural es indudable, a juzgar por las urnas y el material en ellas depositado: pertenecen a la facies Guaraní septentrional. Resulta un poco índice de la necesidad de intensificar los estudios en esta región el hecho que debamos remitirnos a una cita bibliográfica de fines del siglo pasado (Ambrosetti, 1895)

para apoyar nuestro juicio: cita que es la misma que ha sido repetida hasta nuestros días, porque no hay otra contribución posterior sobre tan importante aspecto.

c) Grutas —alguna de las cuales ha sido excavada— con signos evidentes de ocupación, de gran valor diagnóstico, que no han sido suficientemente aprovechados. De esto ya hemos tratado en otra ocasión (Lafon, 1971, pp. 127-128).

d) Yacimientos de superficie, como han sido denominados por sus catalogadores: algunos con material lítico y otros con restos líticos y cerámicos, en los cuales (especialmente en los citados en segundo término) faltó el correspondiente sondeo para proceder a su exacta calificación. La ubicación y posición de los restos (restingas que son cubiertas por las aguas durante largo tiempo, o barrancas altas con material lítico y cerámico) los hacen altamente sugestivos, pero como en ningún caso se hace la menor referencia a la técnica utilizada para la recolección (Rizzo, 1969), nuestra mención de estos yacimientos de superficie no puede ir más allá de su contenido literal.

En la faja central de Mesopotamia, los yacimientos conocidos son resultado de la ocupación de:

a) Albardones, continuos o discontinuos, en las márgenes de ríos, arroyos y lagunas, o de lugares un poco más elevados situados en medio de zonas bajas y anegadizas extensas. Ya en esta subregión son designados corrientemente como *cerros* o *cerritos*, tanto en las tierras que sirven al Paraná como en las que sirven al Uruguay.

b) Barrancas altas, disectadas por ríos y arroyos (por ejemplo, Barrancas del Paranacito). En las altas barrancas del río Uruguay hay pruebas de larga ocupación, no diacronizada hasta el momento con exactitud, pero sin duda de gran porvenir en caso de una revisión (por ejemplo, Barranca Pelada del Espinillal).

c) Terrazas fluviales, también del río Uruguay: en el área de Salto Grande está recientemente demostrada su ocupación por fuera de la línea de alcance de las crecientes (Cigliano y otros, 1972).

d) Antiguos médanos, hoy edafizados, cuya elevación ha sido aumentada quizás por la sedimentación y ocupación humana posterior (por ejemplo, Malabrigo).

e) Médanos vivos (Colón), en los que hay yacimientos en vías de desaparición por acción humana: no tanto por la forestación, sino por la depredación sistemática por parte de coleccionistas, aficionados y profesionales de la enseñanza, que llenan sus vitrinas y anaqueles con materiales arqueológicos que han perdido casi todo su valor para la Ciencia e impiden así el adelanto de la arqueología de la zona. Pérdida irreparable, para cuyos responsables no hay castigo, salvo lo denuncia pública y el re-

pudio por parte de toda persona responsable.

En Mesopotamia Meridional (Delta y Bajíos Ribereños), los yacimientos corresponden:

a) A la ocupación de albardones continuos o discontinuos de ríos, arroyos o lagunas, o de alturas naturales en medio de zonas bajas y anegadizas y en el interior de las islas. Fueron sitios de vivienda y de inhumación (El Aserradero). En otros casos, hay además cementerios (Arroyo Malo).

b) A la ocupación de elevaciones naturales originadas en médanos viejos, edafizados, cuya altura aumentó luego por deposición posterior y la propia ocupación humana; fueron sitios de vivienda y de inhumación (El Estero).

En esta subregión, la denominación *cerro* o *cerrito* es la más corriente. No deja de ser sugestivo que en un área muy restringida del Delta, con centro en arroyo Las Piedras y Canal Arias, el nombre para los *cerritos* sea *buta*: topónimo de lengua araucana, con fuerte carga religiosa en su significado.

En cuanto a los yacimientos que se conocen en el sector septentrional de la Pampa Húmeda que, según el encuadre geográfico instrumental, penetra en el Nordeste, poca es la información que poseemos, y no los hemos visitado personalmente. Los datos conocidos ponen en evidencia la ocupación de las orillas altas de lagunas o de ríos, por parte de pueblos de economía parasitaria con cerámica: patrón cultural que se acerca por un lado (Mar Chiquita) hacia el no muy lejano patrón de las tierras del sudeste de Santiago del Estero y de Santa Fe, mientras por otro lado los yacimientos del sudeste de Córdoba (Laguna de Olmos, Laguna La Brava, etc.) responden con claridad al mismo patrón que caracteriza a la llanura pampeana de la provincia de Buenos Aires al norte del río Salado (para citar un yacimiento tipo mencionamos Laguna de Lobos).

Resulta evidente que las tierras por cuyo eje pasa el meridiano 63, que utilizamos como límite instrumental de separación, corresponden a una zona de confluencia cultural de la que no tenemos muchos conocimientos. Aquí se concentrarán nuestras próximas prospecciones. La intercomunicación entre las distintas regiones debe ser buscada a lo largo de las vías fluviales que bajan de las altas tierras del Noroeste y de la cadena de lagunas que se extiende en sentido de los meridianos desde el sur de Córdoba y San Luis hacia la llanura de La Pampa y Buenos Aires.

Debemos recordar que, en muchas ocasiones, los mismos lugares en que hubo asentamientos indígenas fueron ocupados por los Conquistadores. En algún caso, por no tener en consideración los agentes naturales, se

vieron obligados a trasladar sus asientos, como ocurrió con Santa Fe la vieja. Cayastá es un yacimiento arqueológico colonial de gran significación, aunque su explotación no se haya ceñido de manera demasiado ortodoxa a las reglas del método arqueológico ni al tratamiento de los restos humanos que contenía.

Hasta aquí hemos consignado sucintamente lo que denominamos fenomenología de los yacimientos, referida específicamente a las regiones que hemos explorado, o que han sido bien descritas por los especialistas. Si bien no cubren todo el Nordeste, fueron ya un buen punto de partida para re-excavar los viejos yacimientos e investigar los recientemente descubiertos. La consideración menuda de las características de cada uno de ellos nos permitió cantidad de observaciones valiosas, en las que no insistiremos en esta oportunidad.

#### — IV —

#### ALGUNAS PRECISIONES Y RECAUDOS TECNICOS

Los párrafos que siguen sintetizan una serie de detalles y observaciones que tienen por objeto facilitar información que ha sido de utilidad para nosotros, producto de la experiencia personal acumulada y repetida, con la esperanza de que sirva para evitar errores y para ayudar a obviar dificultades que nos vimos obligados a superar en su momento. No deben ser entendidas como expresión de cientificismo ni de pedantería, y menos como de suficiencia. No son tampoco una receta mágica, sino el resultado de la experiencia empírica. Por eso no haremos ninguna referencia ni a ubicación, ni a relevamiento, ni a planimetría; nos concentraremos en los problemas inherentes a la excavación propiamente dicha, dando por sentado —como no puede ser de otro modo— que todo lo anterior es conocido y dominado a la perfección por nuestros lectores.

La delimitación precisa del sitio es fundamental en estos casos. Para ello nos hemos valido del barreno o del sondeo, en momentos distintos o de ambos a la vez. Planteados los ejes para el relevamiento y diagramado el cuadrículado, usamos el barreno en cada uno de los cuadrantes, manteniendo la equidistancia determinada por la dimensión de la cuadrícula elegida. De este modo no sólo podemos determinar la extensión del sitio, sino que obtenemos una idea bastante precisa de la composición del subsuelo, conocimiento muy útil cuando se trata de sitios de habitación, con restos de comida y valvas abundantes (mal llamados *concheros* o *sambaquis* en nuestro Nordeste). Los sondeos fueron utilizados en cada uno



de los cuadrantes del área a excavar, con la misma finalidad. Es de gran ayuda poder contar, antes de proceder a la excavación del sitio, no sólo con la planimetría precisa, sino también con un perfil aproximado de su constitución interna.

La excavación por capas artificiales, aconsejada en un primer momento por el tipo especial de yacimiento que aparece con mayor frecuencia, fue puesta a prueba y descartada en buena medida. No se trata aquí de confundir estratigrafía con estratificación, sino de distinguir entre la estratificación geológica y la arqueológica (cultural); la primera aconseja la subdivisión de las capas naturales en niveles artificiales, pero la segunda lo rechaza. Por más delgadas que sean tales capas artificiales, nunca pueden respetar la estratificación natural de los restos culturales y su dispersión natural en el terreno.

La experiencia acumulada en muchos yacimientos indica:

1) Las elevaciones del terreno fueron ocupadas por los aborígenes, luego por los españoles, y así hasta nuestros días, y cuando no fueron ocupadas son los sitios aprovechados para cultivo o para refugio de ganado y fauna silvestre en época de crecientes. Por esta razón, por lo general las capas más superficiales suelen estar más o menos intensamente perturbadas.

2) Los restos culturales no se presentan a gran profundidad, rara vez a más de cincuenta centímetros, y por lo tanto casi siempre dentro del humus.

3) El material arqueológico se presenta en pisos o capas culturales extremadamente delgadas, cuyo conjunto pocas veces supera veinte centímetros.

Por lo tanto, en uno de los yacimientos de la faja meridional de la Mesopotamia, específicamente en los Bajíos Ribereños, empleamos por vez primera la técnica siguiente, que luego aplicamos con éxito en otros sitios: una vez planteado el reticulado en cuadrículas de tres metros por tres, excavamos hasta que empezaron a aparecer los restos culturales no perturbados. Suspendimos allí la tarea en esas cuadrículas para continuar con las siguientes. Al llegar así a contar con una gran superficie descubierta, pudimos advertir siluetas horizontales de dispersión del material —tiestos o valvas— que indican puntos de concentración y por ende unidades de vivienda.

Al aplicar esta técnica en Barrancas del Paranacito, pudimos observar las acumulaciones de valvas, la irregularidad de su superficie, la presencia *in situ* de las cabezas de psitácidos, las concentraciones de tiestos, la superficie de los fogones, los restos de comida, los artefactos y hasta un instrumento musical hecho con un hueso largo de ave con dos perforaciones, todo como si recién hubiera sido abandonado. Y deci-

mos esto, porque varias acumulaciones de tiestos permitieron reconstruir casi por entero varios recipientes. Experimentamos también con cuadrículas de cuatro metros por cuatro, levantadas por cuadrantes, que nos dieron un panorama más claro todavía.

Descubierta la superficie original del yacimiento, el paso siguiente implicó la recolección cuidadosa del material, tratándolo como material de superficie: documentar gráfica y fotográficamente, registrar su profundidad, levantar por separado y respetar al hacerlo los microsectores que puedan advertirse, como por ejemplo el microsector con valvas, el microsector sin ellas, los fogones y su vecindad, etc. De no haberlos, es interesante dividir la superficie del sector en franjas que correspondan a niveles ideales de profundidad, con el fin de diferenciar la porción central de la concentración de las porciones marginales. Luego se excava, con precauciones nacidas del estudio precedente, el espesor del piso o capa cultural, determinando en lo posible si hay subpisos, planos de estratificación internos o diferencias con el material levantado en la superficie de esta capa. Si es necesario, se la subdivide —a la capa arqueológica, no a la edafoestratigráfica— en niveles microestratigráficos artificiales. De la misma manera —siempre con espátula, pincel y utensilios aún más pequeños— se levanta el sector estéril inferior, hasta poner al descubierto el piso o capa cultural inferior que pudiere haber y, trabajando siempre sobre extensiones considerables expuestas simultáneamente, continuar el trabajo con iguales recaudos.

Sólo así ha podido llegarse a identificar en Anahí la existencia de pisos denotada no por diferencias de color o consistencia en el terreno, sino sólo por la dispersión del material en un solo plano continuo que apenas si alcanzó cuanto más a cinco centímetros de espesor. Sólo así pudimos comprobar en Barrancas del Paranacito la posición exacta de las cabezas de psitácidos y de notables concentraciones de tiestos sobre (descansando en) la capa de valvas superior, con casi ninguno de ellos en el medio. Sólo así pudimos verificar diferencias entre capas de valvas de Ampullaria y de Diplodon, que a pesar de no ser muy gruesas revelan momentos distintos de ocupación, como también una curiosa penetración de la capa superior de ampullarias en las inferiores de almejas de río. Sólo así es posible determinar qué objetos están alrededor de un esqueleto y cuáles están realmente asociados con él, etc., etc.

La excavación por capas artificiales conspira intensamente contra la posibilidad de distinguir o detectar las intrusiones y las perturbaciones, que suelen ser frecuentes en las capas superficiales pero que no siempre están marcadas por contrastes violentos.

Por delgadas que sean las capas artificiales, el trabajo ceñido a ellas hace perder datos fundamentales —la forma en que los restos han quedado dispersados horizontalmente en el terreno, en el suelo original, por ejemplo— y se homogenizan momentos distintos de ocupación.

Lo expuesto implica:

a) Que no es posible extraer adecuada información de un yacimiento mediante el trabajo en cuadrículas aisladas, que en el fondo no son sino simples sondeos (contra los que ya protestara Wheeler), sino que es preciso recurrir a excavaciones sistemáticas, intensivas y extensivas al mismo tiempo.

b) Que la excavación así planteada excluye terminantemente la utilización de peones; sólo debe excavar personal con conocimientos previos y debidamente adiestrado.

c) Que debe procurarse en todo momento una escrupulosa limpieza, a efectos de facilitar el trabajo, limitar la posibilidad de mezclas del material y detectar perturbaciones (que a menudo se advierten sólo en la distinta orientación del material o en cambios casi imperceptibles en la textura del terreno). Recordemos que en Barrancas del Paranacito los niveles estériles que separan las distintas capas de ocupación tienen no más de un centímetro de espesor.

d) Que la necesidad de mantener los descubrimientos, aun los más ínfimos, *in situ*, hasta que se pueda documentar la totalidad del contexto, exige prescindir de la pala (salvo para las capas de nivelación y estériles que puedan coronar el yacimiento) y trabajar únicamente con espátula, pincel y utensilios aún más pequeños.

Sólo así pudimos detectar en Anahí viejos pozos de vandalismo arqueológico: gracias a las repetidas pinceleadas que permitieron reconocer diferencias de textura dentro del humus. Sólo el perfecto refileado de las paredes verticales y su limpieza permitieron descubrir en el arroyo de Frías el Lujánense, en un sector en el que Ameghino no lo vio (Orquera, 1970). Sólo así fue posible en Florencia descubrir intrusiones por la diferencia de orientación en las valvas o por la distinta consistencia del terreno. Cuando se trabaja con pala, nada de esto es posible: todo se remueve indiscriminadamente.

Cuando se trata de la aparición de restos humanos, ninguna precaución es demasiada. En ciertos casos aparecen a no mucha profundidad, y hay que tener presente la posibilidad de que estén perturbados por remoción posterior (*vide supra*). Si se trabaja de otro modo que no sea con extrema precaución y con pincel, resulta muy fácil diagnosticar entierros secundarios a partir de la posición de los huesos. En el yacimiento El Aserradero (islas del Ibicuy, Entre Ríos) pudimos comprobar la verdad

de esta aseveración: sólo la observación de conjunto después de varios días de trabajo, luego de descubrir la totalidad del terreno circundante, dejando todo *in situ*, permitió comprobar que se trataba sólo de dos entierros primarios perturbados, luego de haber sido abandonados sobre la capa de valvas superior y someramente recubiertos con tierra. Además, en el mismo yacimiento, a mayor profundidad, en otra cuadrícula, habíamos exhumado esqueletos en inhumación primaria. No queremos decir que no existan inhumaciones secundarias en el Nordeste argentino —nosotros mismos los hemos comprobado frente a Victoria, en tierras insulares— pero es muy factible que no sean tan frecuentes como se ha denunciado. En otro caso, sólo la precaución exagerada y la atenta observación nos hicieron ver que no estábamos en presencia de un caso de cremación parcial, sino que un fogón, posterior a la inhumación, había afectado una parte de los huesos humanos. Por otra parte, la extracción de restos humanos debe hacer extremar las precauciones; sólo el pincel menudo y la observación cuidadosa permitieron documentar *de visu* y fotográficamente las pequeñas motas de ocre rojo que siluetearon al muerto cuando aún tenía sus tejidos. La diferente profundidad a la que aparecen los restos humanos también nos ha hecho aprender la necesidad de no abandonar la excavación hasta no haber agotado todas las posibilidades.

La aparición de falanges aisladas en ciertos lugares aconseja el máximo de prevención al proceder a descubrir el esqueleto y al levantarlo para verificar su número exacto y comprobar si ha habido o no mutilación. Esta práctica de la mutilación adquiere particular significación frente a hábitos funerarios como los que comprobamos en El Embarcadero (islas del Ibicuy, Entre Ríos): un esqueleto en perfecta posición articular pero privado de sus piernas.

No es del caso insistir en esta oportunidad en los aspectos técnicos. Pero hemos estimado oportuno dar a conocer algunos procedimientos que hemos aplicado, obligados por las condiciones locales que nos impusieron los yacimientos. Estos procedimientos son válidos para estos yacimientos, ya que han sido sometidos a prueba en diferentes sitios con resultados positivos. Pero no constituyen una receta mágica para la arqueología del Nordeste, ni una técnica excluyente o que invalide otras, porque la arqueología o se hace bien —no decimos perfecta, porque somos humanos— o no se hace. Ningún indicio debe ser dejado de lado. Esto implica la necesidad inexcusable de la prospección menuda del área elegida, de conocer lo que hemos llamado la fenomenología de los yacimientos y de las peculiaridades de cada caso en particular.



Este conocimiento condicionará la técnica de excavación a seguir. De no ser así, puede ocurrir que la *receta* útil en otros lugares, o no sirva, o induzca a error.

Para clarificar nuestro modelo de excavación, aun a riesgo de parecer insistentes, resumimos a continuación ideas concretas que lo integran:

a) Abrir las cuadrículas hasta llegar a la superficie de la capa fértil (levantando sólo la capa de nivelación y las estériles) simultáneamente en una serie de cuadrículas;

b) Una vez descubierta la superficie de la capa fértil de todo el yacimiento o gran parte de él, atacarla simultáneamente a espátula y pincel en todas las cuadrículas, y proceder luego a la profundización de la misma manera;

c) Una vez descubierta la capa fértil, un pequeño sondeo en cada cuadrícula hasta llegar a la capa estéril permitirá verificar la disposición de las capas más profundas y completará la información obtenida por el barreno al comenzar la exploración;

d) El yacimiento debe ser trabajado como una unidad para detectar su estructura, apreciar la dispersión del material y comprobar las pautas de asentamiento, además de las posibilidades cronológicas posibles;

e) El planteo de la excavación así cumplido requiere, más allá de los cuidados y prevenciones exigidas, una precisión cabal en la planimetría y altimetría, en la observación con el máximo de atención y el mantenimiento constante del plano de referencia, con constante verificación de medidas y de nivel, a lo que debe sumarse una documentación sin límite y un protocolo detallado y completo. Con este procedimiento puede comprobarse la presencia de distintas concentraciones de material, que corresponden a distintos sectores y microsectores, como así también distintos momentos de ocupación, a partir de los restos de comida y fragmentos de alfarería. Esto, sin contar con la posibilidad concreta de identificar indicios del tipo de vivienda, inhumaciones, etc.

De la lectura de los párrafos que anteceden se desprende con claridad que nuestro punto de partida para encarar empíricamente lo que hemos calificado como replanteo de la arqueología del Nordeste cumple con los requisitos básicos imprescindibles: intenta lograr un conocimiento preciso, responde a una hipótesis de trabajo prevista, ha sopesado los conocimientos anteriores y ha estado precedida por una exploración y prospección que culminó con la elección de los sitios a excavar y adecuó las técnicas a las peculiaridades específicas de cada sitio. La excavación ha sido llevada a cabo por profesionales con experiencia anterior y adiestrados especialmente para tales fines. Complementariamente, se desprende del

tratamiento del acápite titulado *Dimensión espacial* que la presentación geográfica no discurre por los cauces tradicionales y que el tratamiento de la fenomenología de los yacimientos encara la problemática con un ángulo de enfoque original. Aspectos todos cuya enunciación configura una crítica seria al modo tradicional de tratar la arqueología de esta subárea cultural. El acápite siguiente no hará sino confirmar las razones por las cuales hemos llamado a nuestra presentación un *replanteo*.

## — V —

### IDENTIFICACION Y CARACTERIZACION DE UNIDADES Y FORMAS CULTURALES

Hace poco menos de un año (Lafon, 1971) que dimos a publicidad una hipótesis para encarar la interpretación cultural-histórica del poblamiento del Nordeste argentino. En ese entonces lo concebimos como estructurado sobre la base del desarrollo en parte sucesivo, en parte paralelo, y en buena parte imbricado, de tres grandes tradiciones culturales (Lafon, 1971, pp. 144 y ss.). En la actualidad hemos replanteado tal hipótesis en varios aspectos, no tantos como sería de desear, pero concebida en términos de mayor precisión y, consecuentemente, con contenido más concreto. Para ello hemos encarado la determinación de las unidades culturales reconocibles individualmente según la información acumulada hasta el presente, que configuran el complicado mosaico cultural del Nordeste argentino.

1) El *Altoparanaense* es una industria caracterizada por grandes instrumentos bifaciales, (*hachas de mano*, apud Menghin), clavos curvados con aire *bumerangoide*, puntas de mano, raspadores, etc. Los hallazgos son todos de superficie y muchos de ellos ni siquiera han sido recogidos por especialistas que garanticen las condiciones de hallazgo. La lectura atenta del trabajo de Menghin demuestra que sus presunciones y supuestos son totalmente hipotéticos, pero han sido tomados por sus seguidores como artículo de fe incontrovertible.

Según algunos especialistas, la industria altoparanaense estaría relacionada con conocimientos rudimentarios de cultivo. Esta consideración, basada en la forma de algunos artefactos que sugiere la función de azada o azadón, no basta para que los califiquemos como *cazadores plantadores*. Por otra parte, si la antigüedad adjudicada corrientemente al altoparanaense fuera correcta, resultaría muy aventurado que sus portadores fueran los antecesores de los pueblos *ge* y, más todavía, entroncarlos con

pueblos históricos de la zona. Todas especulaciones no pasan de ser meras aventuras del pensamiento, en tanto no contemos con más hallazgos que respondan a las mínimas garantías metodológicas de recolección y documentación. De otro modo, seguiremos acumulando presunciones que, a fuerza de ser repetidas sin la crítica adecuada o sin los reparos del caso, terminarán por convencernos de que son expresión de la verdad. Y no es así, ni mucho menos, porque uno de los axiomas de nuestra ciencia es que la afinidad tipológica no es prueba de contemporaneidad ni de contacto. Una cosa es el paralelismo morfológico entre el altoparanaense e industrias del centro de Africa o el sudeste de Asia, y otra cosa es su cronología y su vinculación genética.

Por el momento, el altoparanaense no es más que una unidad cultural menor, una industria, que todavía no cuenta con cronología segura, aunque indudablemente es bastante antigua, y cuya dispersión dista mucho de estar bien conocida. En cuanto a hallazgo como los de Yabebirí o Fortaleza, carecen de significación alguna más allá de su mera aparición.

Sólo a título complementario mencionamos otras piezas frecuentemente citadas en la bibliografía, sobre las cuales no existe ninguna garantía en lo referente a sus condiciones de hallazgo ni sabemos cuál es su relación contextual. Sólo sirven para consignar la presencia de determinado tipo de artefacto o determinada industria en determinado lugar. Tal es el caso de los materiales de Monte Caseros, los del río Mocoretá, los de Cululú, los del Carcarañá o los de Punta Valizas (Uruguay). Ninguna generalización ni elaboración concreta puede hacerse a partir de estos materiales, por cuanto no existe documentación con valor probatorio. En cuanto a los hallazgos de la gruta Tres de Mayo, ya nos hemos pronunciado al respecto (Lafon, 1971, p. 127-128). Respecto de las puntas "en cola de pescado" de Valizas, una vez más debemos recordar que una cosa es el parecido morfológico, y otra su cronología y su vinculación genética, se trate de compararlas con Fell, con El Inga o con las que recientemente menciona Madrazo para Lobería: esto sin contar con que la falta de ilustraciones adecuadas contribuye a aumentar la oscuridad.

2) El término *Eldoradense* se refiere a un contexto que Menghin ha calificado como *Neolítico antiguo*, pero en cuya significación más allá de la realidad concreta no vamos a insistir (como no lo hemos hecho en el caso anterior). Contiene, es cierto, una industria lítica particular, agricultura presunta, construcción de túmulos (?) y una cerámica de la que no sabemos sino generalidades (Menghin, 1957; Lafon, 1971, p. 129). De su difusión tampoco nada sabemos. Como si esto fuera poco, ha sido

identificado en un único yacimiento, apenas expeditivamente excavado (quien escribe esto acompañó al prof. Menghin en esa oportunidad). Por lo tanto, estimamos que toda referencia a la existencia en esta área de un Neolítico antiguo, o toda generalización al respecto, estaría demasiado penetrada por la especulación como para ser sostenidas con seriedad.

3) Hemos acordado ubicar como *paraneolíticas* a una serie de unidades culturales que aparecen en el Nordeste —y lo trascienden—, que en esta subárea son propias de pueblos cazadores, pescadores y recolectores con cerámica, y que dejaron testimonio de ocupación estacional más o menos prolongada en albardones continuos o discontinuos, o en elevaciones naturales, o sobre médanos viejos ya consolidados, a la orilla de ríos, arroyos o lagunas o en medio de esteros, bañados o zonas anegadizas. Damos por inexistente a la agricultura hasta tanto se demuestre su existencia real en estos casos.

La presencia de plantas cultivadas a la llegada de los españoles, mencionada en las fuentes históricas en distintas oportunidades, plantea la posibilidad de especular sobre sus orígenes y su cronología. Con respecto al maíz, no cabe duda de su origen tardío y alóctono. En cuanto a la mandioca, cabe pensar, con Palavecino, que se difundió tardíamente con los grupos tupí guaraní que "amazonizaron" a los pueblos pre-existentes, pero nada se opone a que su cultivo haya sido anterior. Tampoco se descarta el cultivo de alguna cucurbitácea, mencionado por los españoles del siglo XVI para la Mesopotamia y que bien pudo haber sido muy antiguo. La duda queda planteada por la mención de la existencia de rocas (rozas) en lugares donde no parece haber habido guaraníes. Pero nada hay demostrado. Cuando contemos con análisis de polen o de coprolitos, tendremos algo que decir; entretanto, no especularemos, y a falta de pruebas, damos por inexistente el cultivo entre estos grupos.

En cuanto a la procedencia de la cerámica, la inseguridad es total. Pudo venir desde el norte de la Amazonia, a lo largo de las vías fluviales (pensamos en la fase Umuarama, de 570 ± 150 A. D.). Pudo venir desde el sur, si pensamos en la cerámica de Palo Blanco, aun tomando su fechaje con extrema prudencia. También podemos pensar en un desplazamiento de la cerámica a lo largo de la ceja de la montaña y luego hacia el este, desde por ejemplo Wairajirca. Y más cerca todavía, no debemos olvidar entidades agroalfareras como San Francisco (siglo VI A. C.) o Candelaria. O más tardíamente, los niveles recientes de Ongamira o los hallazgos de Los Molinos (siglo X A. D.). Ninguna de estas posibilidades puede ser excluida todavía, máxime que entidades pa-



raneolíticas aparecen también en las llanuras centrales y en Patagonia septentrional.

El Paraneolítico es resultado, etnológicamente hablando, del contacto entre proto-culturas pre-existentes (cazadores de guanaco y pescadores y recolectores chaqueños, *apud* Palavecino, en tiempos históricos) y grupos de raigambre neolítica que arribaron con posterioridad. En el ámbito del Nordeste la diversidad ambiental condicionó la adopción de nuevos rasgos. Algunos grupos tomaron la cerámica; otros, la canoa y la cerámica; otros, quizá, también la agricultura. No es novedad la complejidad de la neolitización sudamericana, de modo que debió serlo más aún en esta región, receptora de corrientes neolitizantes, tanto de las viejas culturas paleoamazónicas (*apud* Menghin) como de los centros de irradiación neolítica secundaria que fueron el Noroeste argentino y el altiplano Perú-boliviano. Las vías de acceso están casi prácticamente prefijadas por las vías fluviales que vienen del norte y del oeste, sin olvidar la posibilidad de un ascenso a partir de la costa atlántica a través del Río de la Plata. El substratum condicionó la otra parte del proceso.

Luego de adoptar la cerámica y la canoa, los cazadores, pescadores y recolectores paraneolíticos se desplazaron rápidamente y entraron en contacto con otros pueblos, llegando hasta el Delta y Bajíos Ribereños y aprendiendo a utilizar piedra (que obtuvieron por intercambio con otros pueblos que la poseían). Los hallazgos de la gruta Tres de Mayo son sugestivos al respecto.

Los cazadores de las estepas y llanuras meridionales, que llegaban en sus correrías hasta las orillas de los ríos que sirven al Paraná, hasta el Paraná propiamente dicho y aún hasta las orillas del Plata, aprendieron también el empleo de la cerámica, que incorporaron a su instrumental lítico propio. Esto ocurrió en el extremo de la Pampa Húmeda que penetra en el Nordeste y en las tierras vecinas al río Uruguay. En el Delta y Bajíos Ribereños se produjo una confluencia de corrientes culturales, por la facilidad del acceso por tierra y por agua, que ocasionó la complejidad que ponen en evidencia los yacimientos estudiados.

La integración de esta unidad cultural que hemos clasificado como paraneolítica, concebida con una difusión tan amplia, explica sin duda aquello que Serrano denominara "cultura básica del Litoral". Las modificaciones posteriores, cuando habló de "cultura básica persistente" o "cultura entrerriana" (que sería la "cultura básica del Litoral" reducida a la cuenca del Paraná y Uruguay Medio e Inferior) (Serrano, 1972, pp. 17 y ss.), estaría poniendo de manifiesto lo que nosotros interpretamos como diferencias regionales de estos cazadores, pescadores y recolectores paraneolíticos: otras tantas *formas culturales* cuya

individualidad responde a adaptaciones ecológicas distintas y a *substrata* culturales también diferentes, que sin duda acarrearán diferencias cronológicas que, por el momento, no estamos en condiciones de apreciar con exactitud. Veamos cuáles son esas *formas culturales*:

a) La *Facies Chaqueña Occidental*: puede considerarse ya como propia de grupos que han sido transformados por los influjos de las culturas andinas del oeste, tanto de Candelaria y Arroyo del Medio como de Santiago del Estero. Corresponde al sitio tipo Las Ruinas.

b) La *Facies Paranaense*, que se reconoce en los albardones continuos o discontinuos, a la orilla de ríos, arroyos y lagunas, o en las elevaciones naturales de tierras anegadizas, sean o no médanos consolidados, que se extienden desde el Pilcomayo aguas abajo hasta el punto en el que comienza el Delta del Paraná; esta facies corresponde a la difusión de cazadores, pescadores y recolectores, con cerámica, canoa y utensilios de hueso.

c) Sobre el río Uruguay, otro es el panorama; aquí el substratum de cazadores responde a otra configuración (cf. vinculaciones patagónicas) y la forma cultural resultante es la que denominamos *Facies Uruguaya*, existente en yacimientos como la Barranca Pelada del Espinillal o los del lado argentino de Salto Grande.

d) En el Delta y Bajíos Ribereños florecen las posibilidades de los ocupantes de los albardones fluviolacustres y tierras bajas y anegadizas. Decimos *florecen* porque, además de su adaptación a un medio tan particular, reciben el impacto de corrientes culturales que vienen desde el territorio uruguayo, desde el sudeste de Córdoba, desde el noroeste de Buenos Aires y desde Santa Fe. El resultado es un patrimonio singular muy rico en artefactos de hueso y en tipos cerámicos, como así también poseedor de instrumental lítico relativamente abundante. Recibe el nombre de *Facies Déltica*.

e) Los hallazgos de Mar Chiquita y otros de más al sud y del sudeste de Córdoba, aunque muy escasos y no producto de excavaciones sistemáticas, sugieren un *substratum* semejante al del Uruguay y del norte de la provincia de Buenos Aires.

En la faja central de la Mesopotamia, a partir de estas manifestaciones culturales paraneolíticas, se gestó una modalidad específica, de gran difusión en el Nordeste: los *Ribereños Plásticos*, sobre los cuales tanto se ha escrito y sobre los que nos detendremos. Pese a haber sido la modalidad cultural que más ha atraído la atención de los especialistas en esta subárea, es de la cual menos datos precisos poseemos, comenzando por las condiciones de hallazgo de los materiales que conocemos. Desde los descubri-

mientos de Goya (Ambrosetti, 1895) y de Malabrigo (Frenguelli y Aparicio, 1923), sobre cuyo valor ya nos hemos pronunciado (Lafon, 1971, p. 135), hasta nuestros días. ninguno de los trabajos reúne las condiciones que hoy requerimos para poder proceder ni a la interpretación cultural histórica ni a la reconstrucción de la relación contextual de la que esos hallazgos formaban parte. Sólo la excavación de González y Palavecino (1948) respondió a los cánones vigentes en su tiempo, pero no ha sido publicada todavía en detalle.

Pese a esta falta de información, se han elaborado sobre estos *Ribereños Plásticos* distintas interpretaciones —no todas igualmente serias— y se han tejido especulaciones varias en cuanto a su origen, que hasta el momento sólo son especulaciones y a las cuales nosotros mismos hemos pagado tributo en el campo de las hipótesis (Lafon, 1971, p. 158). En esta oportunidad, con la fundamentación correspondiente, plantearemos una interpretación lícita del estado actual del problema, más ceñida a los datos disponibles y con mayores posibilidades de ser puesta a prueba.

Los *Ribereños Plásticos* constituyen una manifestación cultural geográficamente localizada dentro del Nordeste argentino, caracterizada por una producción cerámica especial, en la que se incluyen tanto los conocidos apéndices zoomorfos en todas sus variantes como las llamadas campanas y alfarerías gruesas. Esta manifestación cultural contiene empero, además, otros tipos cerámicos de amplia dispersión no sólo en el mismo ámbito sino fuera de él. Así podemos afirmarlo después de un rápido análisis de la bibliografía, en el que no tuvimos en cuenta con mucha estrictez las condiciones de hallazgo, porque de lo contrario habríamos debido descartar la mayor parte. Más todavía: muchos de los componentes que integran los patrones decorativos de la cerámica del Nordeste no modelada han sido incorporados a las representaciones modeladas, sin dejar de comprobarse hasta la incisión y pintura como combinación decorativa en ambos casos. Esto habla sin duda de una íntima relación entre ambas manifestaciones, que bien puede ser el resultado de una rápida mezcla, producto de cruzamiento físico entre pueblos con tradiciones cerámicas distintas; no obstante, en Barrancas del Paranacito no hemos encontrado rasgos amazónicos, sino todo lo contrario: cráneos largos y bajos, ooides, y estatura elevada. Aquella suposición podría explicar esa cierta "afinidad estilística" con productos cerámicos Arawac o de Santarem, reflejo de un origen cultural común, pero no de contacto. Aquí se trataría de la rápida dispersión de algunas técnicas alfareras entre los pueblos cazadores, pescadores y recolectores que poblaron nuestro Nordeste.

En una primera aproximación de carácter geográfico vemos que los yacimientos se agrupan en tres concentraciones. Una de ellas está delimitada por el río Salado y el Paraná, entre Puerto Gaboto por el sur y la Laguna del Plata por el norte; los sitios se escalonan sobre las costas del Salado y sus afluentes, sobre las orillas de lagunas y arroyos que en él desembocan, en albardones y alturas dentro de las tierras bajas y anegadizas que constituyen el extremo meridional del Chaco Austral, y también en la faja central de Mesopotamia. La mayor cantidad de yacimientos conocidos cae dentro de la provincia de Santa Fe: Puerto Gaboto, Pajas Blancas, Ombú de Basualdo, Las Tejas, Sauce Viejo, Laguna Guadalupe, Laguna Cristal, San Guillermo, Añapiré, San Justo, Los Saladillos, Laguna del Plata, Los Zapallos, Cayastá, Helvecia, Los Mbayás, Arroyo de Leyes, y San Javier; del lado entrerriano figuran Las Mulas, La Paz, Paracao, Estacas y la zona insular de Diamante.

Hacia el norte, encontramos los yacimientos de Malabrigo, Goya, Reconquista, Barrancas del Paranacito y otros en las proximidades de Florencia, y —más al norte— la Laguna Brava, a poco más de veinte kilómetros hacia el oeste de Resistencia. Aparte de estos yacimientos, no tenemos más información de la presencia en esta zona de ribereños plásticos.

Por último, la tercera concentración de hallazgos penetra en el Delta y Bajíos Ribereños y en el extremo sudoriental del Uruguay; las representaciones plásticas o las alfarerías gruesas aparecen en las islas frente a Victoria, en Campana, en el Delta del Río Negro y en sus márgenes, en las vecindades de Nueva Palmira (Punta Chapparro) y en otros lugares no especificados situados más al sur, sobre la costa uruguaya del Río de la Plata.

La dispersión geográfica de los Ribereños Plásticos dista mucho de estar bien conocida, y los datos transcritos marcan el estado del conocimiento, producto quizás del azar de los hallazgos. Su mayor o menor concentración no puede ser tomada sino como un mero punto de partida. Nos permite, sí, afirmar que la difusión de este estilo cerámico ha sido muy amplia: pensemos en la distancia que separa Laguna Brava de la costa del Río de la Plata; por lo tanto, ha de haber insumido un cierto tiempo que no podemos todavía medir. Pero la mayor parte de aquellos nombres corresponde a simples descubrimientos aislados de todo contexto, y justamente ahora estamos empeñados en verificar exactamente las condiciones de hallazgo. Por lo pronto, a través de la excavación de Barrancas del Paranacito podemos ya intentar la caracterización de quiénes fueron racialmente sus



portadores y cuál fue su estilo de vida (Lafon, 1971).

La sola presencia de manifestaciones plásticas no basta para definir a sus autores como un grupo único, y menos para identificarlos con los Chaná-timbú, sin conocer el contexto del que forman parte, el tipo de yacimiento en que aparecen y los restos humanos con ellos asociados. Al no cumplir con estos requisitos, que implican una recolección ajustada a elementales reglas de excavación que garanticen la interpretación posterior, tampoco pensamos que pueda hablarse, por ahora, de una *Cultura* de los Ribereños Plásticos y reconocer en ellas varias facies (Serrano, 1972, pp. 38 y ss.). A lo sumo, podemos sugerir la existencia de una *Facies Ribereños Plásticos* dentro del grupo paraneolítico propuesto más arriba.

No tenemos pruebas de que sus portadores hayan dominado la agricultura. En cambio, no parece demasiado aventurado atribuirles el conocimiento de la canoa. En cuanto a la posesión de sedentarismo estacional, ya está probado. Pero pese a tratarse de grupos adaptados a la vida fluvio-lacustre, no ponen en evidencia uniformidad en la dieta. En algún sitio (Barrancas del Paranacito, norte de Santa Fe) la principal fuente de alimentación descansa en la caza y la recolección de moluscos, no en la pesca. No creemos que ello se deba a escasez de pesca en el río. En una de sus raras observaciones perspicaces, Aparicio también lo había notado en Malabrigo. Hacia el sur, en cambio, predomina la pesca. Otra diferencia reside en cuanto a la tipología de las representaciones plásticas; si aplicamos la de Serrano, encontramos en los sitios del norte representaciones zoomorfas huecas y tubulares, y en Entre Ríos y el centro de Santa Fe, en cambio, representaciones macizas, cóncavas y recortadas. En esta zona, además, hay alfarerías gruesas y campanas, ausentes de la concentración septentrional. Pero para poder efectuar afirmaciones concluyentes, debemos efectuar una determinación precisa de yacimientos y de contextos. De otro modo, no es posible. Los yacimientos hasta ahora conocidos en detalle —ínfima parte de los nombrados— pueden no ser representativos de la entidad original. Aparicio sostuvo que en Malabrigo había inhumaciones secundarias y faltaba el trabajo en hueso; en Barrancas del Paranacito, con material cerámico exactamente igual, encontramos inhumaciones primarias y abundantísimo instrumental óseo. Por lo tanto, con los datos hasta ahora disponibles mal podía definirse una *Cultura de los Ribereños Plásticos*.

4) Nos es lícito llamar *Cultura Guaraní* a la más conocida de las unidades culturales del Nordeste. Parece haber asumido modalidades locales (Guaraníes del norte y Guaraníes de las islas), se desplazó de norte a

sud, dejando testimonios arqueológicos no del todo conocidos a lo largo de los grandes ríos, y entró en contacto con los conquistadores europeos desde el primer tercio del siglo XVI. Este contacto, por sus interrelaciones tan particulares, condicionó intensamente a la forma cultural criolla resultante (cf. Lafon, 1972, MS). No entramos en detalle respecto de la cultura guaraní para no caer en repeticiones; remitimos a nuestra valoración recientemente expuesta (Lafon, 1971). Pero no dejamos de remarcar una vez más la exiguidad de la información arqueológica para su conocimiento en territorio argentino, que todavía descansa fundamentalmente en Ambrosetti (1895) y Lothrop (1932) y la necesidad de conseguir datos arqueológicos complementarios y actualizados al respecto, que nos permitan arrojar un poco de luz sobre el confuso panorama cultural del Río de la Plata a la llegada de los españoles.

Un complicado proceso de metástasis culturales y corrimiento de pueblos estaba en pleno apogeo cuando llegó don Pedro de Mendoza y continuó después. Las crónicas españolas, a través de su utilización por exégetas no bien pertrechados, han contribuido a aumentar la confusión. De ahí proviene, por un lado, la tendencia a restar profundidad temporal al proceso y la comodidad de ubicar en lugares fijos a etnias nómades y seminómades; y por otro, la adjudicación a tales parcialidades de los restos arqueológicos recuperados en esos lugares, con la contradicción anexa y la sobrevaloración de los grupos tupí-guaraní, que fueron los últimos en llegar y terminaron por oscurecer todo lo anterior. Fue mayor su fama que su fuerza como factor de transformación.

5) Según nuestro *Encuadre Geográfico Instrumental*, cae dentro del Nordeste toda una serie de yacimientos que integran la región Chacosantiagueña (unidad sistemática que pertenece al Noroeste argentino): son los que conforman lo que Bennett llamó *Northern Salado Area*. No vamos ahora a repetir la descripción de esos sitios, pero pondremos de relieve que se trata de lugares de ocupación permanente, por gente que conocía la agricultura adelantada y que construyó represas. En ellas se conservaba el agua de las periódicas crecientes de los ríos, pero se cultivaba también a temporal, en sementeras corrientes, tales como las que caracterizan a los agricultores de tierras llanas no cubiertas de vegetación. Esto estaría marcando una diferencia a tener presente para ordenar la sistematización cultural: el indicador "agricultura" serviría para ello. Además, la existencia de los llamados *túmulos* (sitios de habitación y de inhumación) está sugiriendo la necesidad de encarar una reconsideración del problema. Tampoco conviene perder de vista la

información sobre la cercana región del Noroeste correspondiente a la unidad taxonómica que denominamos Sierras Subandinas, con agricultura de maíz cuya técnica no conocemos, más allá de la ocupación de conos de deyección de los torrentes propios de ese medio serrano con abundante vegetación.

En relación con estas manifestaciones de la *Northern Salado Area* corresponde ahora hacer algunas consideraciones ampliatorias sobre lo que hemos llamado *Facies Chaqueña Occidental*. Recordemos que en Las Ruinas hemos encontrado recintos rectangulares o trapezoidales, algunos con un montículo interior de algo más de un metro de altura, abundante material cerámico, restos de postes quemados y evidencia de momentos distintos de ocupación. Vinculados con este material aparecen otros hallazgos, tales como restos de grandes cántaros y tinajas que afloran entre los árboles del monte y que seguramente fueron utilizados como reservorio de agua, y la existencia de "represas" (así se las denomina hoy), consistentes en extensos bajíos intercomunicados, en los que el agua de lluvia y de las crecientes se acumula y dura largo tiempo. Importa también destacar que, al refilar la pequeña barranca que las delimita, comprobamos la existencia de una capa uniforme de ceniza, que no resulta aventurado interpretar como vestigio de una gran roza, y buen número de tiestos semejantes a los recuperados en Las Ruinas (donde además aparecen torteros de barro cocido y punzones de hueso).

6) El problema de Las Ruinas nos lleva incidentalmente a mencionar el sitio de Kilómetro 75, objeto de varios trabajos de distinta jerarquía y valimiento, no para tomar posición en tan difícil y no agotado problema, sino porque en alguno de ellos (Morresi, 1971, p. 37) se identifica con absoluta seguridad al yacimiento de Las Ruinas, situado en Pampa Tolosa, con encomiendas de indios cuyos nombres se dan con carácter de aserción definitiva: Guacará y Matará. Entendemos que toda precaución es poca cuando se trata de manejar el dato histórico, más todavía cuando la información arqueológica no es mucha ni responde a los más elementales recaudos metodológicos. Por eso es que, sin ánimo de restar méritos a quienes se han ocupado del tema, estimamos que las afirmaciones asentadas en el texto citado deben ser sometidas a verificación, y lo mismo las que se refieren a La Cangayé.

En el caso específico de Concepción del Bermejo, meritorio es el intento, pero pensamos que dista mucho de haberse dicho la última palabra. Ni el texto ni la documentación suministran evidencia definitiva. No es aventurado afirmar que la arqueología dirá la última palabra cuando se haya tam-

zado exhaustivamente una superficie equivalente a la que debió haber ocupado la población de Concepción del Bermejo. Ello sin descontar que, a lo mejor, la lectura crítica de la documentación disponible —que no es demasiada— pueda contribuir a clarificar si estaba o no a orillas del Bermejo (que, como es sabido, ha tenido y tiene un curso inestable). Por otra parte, como los antecedentes en la arqueología colonial del Nordeste son tan escasos y no muy ortodoxos en cuanto a su elaboración, resulta algo aventurado basar interpretaciones en estudios de otros lugares; baste recordar que Asunción, nada menos que la *Ciudad Madre*, nació sin planificación alguna, creció sin vigilancia, y sólo después de la instalación de Irala como Gobernador confirmado fue rodeada por una empalizada defensiva. El reciente trabajo de Zapata Gollán (1971) es ilustrativo al respecto. Asimismo resulta significativa la explicación y elaborada interpretación de la fecha de radiocarbono vinculada con la edad de los vestigios estudiados.

## — VI —

### APROXIMACIONES CRONOLÓGICAS

Cumplido el ordenamiento geográfico y la identificación especial de unidades y formas culturales, nuestro siguiente paso fue el intento de diagramación de un esquema cronológico que compaginara el estado actual de nuestros conocimientos al respecto, que distan mucho todavía de ser satisfactorios. Para ello planteamos la existencia de dos estadios, uno acerámico y otro cerámico, cuyo desarrollo ocupa una serie de períodos. Pero dado que la información exacta para las diversas subregiones no es uniforme ni siquiera de la misma significación, hemos optado por un procedimiento que quizás no sea del todo ortodoxo, pero que refleja la situación real.

Así postulamos primero la existencia de períodos, y luego ubicamos en ellos las manifestaciones tanto del estadio acerámico como del cerámico. Ponemos bien en claro que los períodos no se subordinan a los estadios, puesto que uno y otro estadio pueden coexistir en el mismo período: por ejemplo, los charrúa contemporáneos de la llegada de los españoles se encontraban en un estadio acerámico mucho después que los autores de la cerámica de Palo Blanco, aún tomando la fecha de esta última con suma prudencia.

Distinguimos así:

*Período I*, que terminó en 5000 A. C. Con las salvedades del caso, que ya hemos puesto de manifiesto, entraría en él el Altoparanaense, como también el Catalanense y el



Cuareimense de la República Oriental del Uruguay;

*Período II*, hasta 2000 A.C.; en él quedarían incluidos los hallazgos de Monte Caseros (Cigliano y otros, 1971, a y b), caracterizados por artefactos trabajados sobre guijarros y lascas (guijarros con talla bifacial y unifacial, bipolares, raspadores y raederas sobre guijarro y artefactos trabajados sobre lascas como raspadores, raederas, lascas con muesca y denticulados). Estos materiales aparecieron en terrazas de 45-40 metros y de 30-25 metros. Su ubicación en este período no resulta demasiado aventurada (cf. Cigliano y otros, 1971 b: fase La Paloma, pp. 100-101). Entraría quizás en este período alguno de los hallazgos de Palo Blanco (que oscilan entre 2810 y 1040 A.C.) (Cigliano y otros, 1971 a, p. 172) y, si las atribuciones cronológicas asignadas al Eldoradense tuvieran base cierta, también la cerámica de este contexto. La llegada de los portadores de estas alfarerías, seguramente desde distintos orígenes, habría dado lugar al superponerse a las manifestaciones pre-existentes a esa forma cultural que hemos llamado Cazadores, pescadores y recolectores paraneolíticos, que asumió distintas modalidades en toda la extensión del Nordeste;

*Período III*, que terminó en 1000 A.D. Se ubican en este período los hallazgos de Monte Caseros (Cigliano y otros, 1971 b, p. 101, y 1971 a, p. 135), en terrazas de 20-15 metros; corresponden a la fase El Dorado. Hay niveles cerámicos con material microlítico y, seguramente, un nivel precerámico con artefactos como los de la fase La Paloma. La fecha radiocarbónica del sitio Los Sauces, según dichos autores, es de  $860 \pm 40$  A.D. También caen aquí algunas de las muestras de Palo Blanco (sitio II:  $1870 \pm 80$  A.C.; sitio I:  $1040 \pm 40$  A.C.);

*Período IV*, hasta 1300 A.D. Durante este lapso habrían tomado cuerpo las formas culturales que resultan de la adaptación ecológica de los influjos neolíticos alóctonos a las nuevas condiciones ambientales, manifestándose en las diversas facies que hemos enumerado más arriba. Consecuentes con la advertencia que hicimos al comenzar este acápite, insistimos en que algunas de las modalidades de períodos anteriores perduran todavía y quizás alguna haya llegado hasta tiempos históricos. Pero por el momento, la pretendida asociación con materiales europeos no está fehacientemente demostrada: constituye un problema de excavación, que no permite afirmar nada.

La facies uruguaya, determinada en el Uruguay medio, en la región de Salto Grande y Colón, puede ser ubicada con seguridad

en este período, con fechas absolutas en Cerro Chico, sitio I, en  $1055 \pm 35$  y  $1180 \pm 70$  A.D. Ante esta evidencia queda palmariaamente demostrada la necesidad de abandonar definitivamente la tendencia a identificar automáticamente los restos arqueológicos con etnias históricas, especialmente en una región cuyos pobladores tuvieron asentamientos transitorios. La presencia en los médanos de Colón de restos guaraníes y de alfarerías no guaraní demuestra la perduración de los portadores de la facies uruguaya hasta tiempos posteriores.

En distintos lugares del Nordeste y aun en territorio uruguayo (Bocas del Río Negro, por ejemplo) se asocian tipos cerámicos que integran la facies uruguaya a ciertas manifestaciones plásticas (*vide supra*). Esto nos permite ubicar en este período a la facies Ribereños Plásticos, mientras no se demuestre lo contrario, por lo menos en la faja central de la Mesopotamia. En Mesopotamia septentrional, esta facies fue cubierta por la facies septentrional de la cultura paleoguaraní, y lo mismo se dio en el paradero Las Conchas (Serrano, 1932). Lo que por el momento ponemos en duda es que las parcialidades que entraron en contacto con los españoles hayan sido los autores de esta cerámica con aditamentos zoomorfos, porque se nos hace un poco difícil admitir que ninguna de las fuentes haga mención de rasgo tan llamativo, pese a que algunos de los cronistas convivieron largo tiempo con los indígenas de la zona.

La facies Déltica resiste también su ubicación en este período, y su individualidad frente a otras formas culturales se convalida cada vez más. Nuestra última campaña en Anahí (Escobar, prov. de Buenos Aires) así lo comprueba. A falta de fechajes absolutos, sostenemos nuestra afirmación como consecuencia del análisis tipológico de la cerámica, que corresponde a la fase Litoral Bonaerense Clásica (Cigliano, 1963).

La facies paranaense se ubica con las anteriores por la presencia de los tipos cerámicos que son comunes con la facies uruguaya. Como hemos sugerido más arriba, a partir de ese origen, se identifica en la faja central de la Mesopotamia la aparición de la modalidad artística que caracteriza a la facies Ribereños Plásticos.

A estar a la poca información digna de fe, la facies chaqueña occidental podría representar, ya un patrón cultural con agricultura de roza y asentamientos estables, que perduró hasta tiempos hispánicos (yacimientos Las Ruinas). Pero carecemos de datos precisos como para incluirla en este período, ni aún tentativamente.

En cuanto a los hallazgos de la porción sudoriental de Córdoba, estimamos que también podrían corresponder a este período. Estos restos pueden haber pertenecido

a pueblos de economía parasitaria con cerámica, la cual ya aparece en Los Molinos alrededor del primer milenio de nuestra era.

*Período V*, hasta 1550. Sin perjuicio de la posible perduración de formas culturales aparecidas con anterioridad, este período está caracterizado primordialmente por lo que en otra oportunidad llamamos Horizonte Guaraní (Lafon, 1971). Con mayor precisión, ese Horizonte Guaraní corresponde al desarrollo de la cultura Guaraní Prehispánica o cultura Paleoguaraní: así la denominamos para distinguirla de la cultura Guaraní Posthispánica o Neoguaraní. La cultura Paleoguaraní está comprobada arqueológicamente en nuestro país en el Chaco Central, en la faja septentrional de la Mesopotamia y en la faja meridional de la Mesopotamia. En la Mesopotamia Central, tanto sobre el Paraná como sobre el Uruguay, se reconocen algunos hallazgos esporádicos. Del análisis de esos restos resulta casi evidente que esta cultura Paleoguaraní se presenta en el país según dos facies distintas: una Septentrional (que ocupó las vecindades del río Paraguay y la faja septentrional de la Mesopotamia) y otra Meridional (que ocupó el Delta y los Bajíos Ribereños, incluyendo Martín García) (Lafon, 1971, pp. 131 y 141). A falta de pruebas más precisas, nos es lícito usar del escueto testimonio de Palavecino como prueba de la superposición de esta cultura Paleoguaraní en la faja septentrional de la Mesopotamia a otra forma cultural pre-existente, la de los Ribereños Plásticos (Lafon, 1971, p. 131).

En la presentación de Cigliano (1963), nuestro Período V caería dentro de la fase Litoral Bonaerense Tardía, caracterizada por la presencia de tipos cerámicos de origen guaraní y afines. En términos de cronología absoluta, puede ser ejemplificada con los hallazgos de Martín García (Cigliano y otros, 1971, pp. 136-137), fechados en 1545 A. D.

Con respecto a la cultura Neoguaraní, se define cronológicamente como posterior a 1550, una vez establecidos los españoles definitivamente en Asunción, y culturalmente en cuanto la cultura aborígen sufrió con mayor o menor grado la aculturación europea, que culminó con la acción de la Compañía de Jesús a partir de comienzos del siglo XVI. La información sobre esta cultura Neoguaraní es fundamentalmente histórica, pero arqueológicamente pertenecen a ella las fases Itá Corá, Itatí y Cuyuá, que Núñez Regueiro y De Lorenzi determinaron en el noroeste de Corrientes (Núñez Regueiro y Tarragó, 1972, p. 43).

Para finalizar este acápite, se nos hace un deber mencionar la contribución de Antonio Serrano, patriarca de la arqueología del Nordeste, aparecida recientemente bajo el título de *Líneas fundamentales de la*

*arqueología del Litoral* (1972). Según el autor, es el "primer ensayo de periodización de la arqueología del Litoral", que se fundamenta "en trabajos anteriores del autor, en nuevas observaciones y correlaciones de elementos culturales, en algunas fechas radiocarbónicas de zonas periféricas y en una más amplia visión (del propio autor) adquirida en los últimos años". Reconocemos el valor que tiene este ensayo como antecedente, que el propio Serrano ha subtitulado *Una tentativa de periodización* (p. 3, in principio), pero de su atenta lectura se desprende que debe ser considerado, más que nada, como una hipótesis digna de ser tenida en cuenta pero que dista mucho de tener valor probatorio.

## — VII —

### CONSIDERACIONES FINALES

Hasta aquí la exposición sintética de los argumentos que sostienen nuestro replanteo para la arqueología del Nordeste argentino, que complementan y modifican la hipótesis de trabajo que nos sirviera en la primera parte de nuestro proyecto. El tiempo transcurrido, la experiencia adquirida y los trabajos en curso nos han facilitado el nuevo planteo, con el que nos estamos moviendo en la actualidad y que a continuación concretamos sintéticamente:

a) El encuadre geográfico sistemático complementa el encuadre geográfico instrumental, que sirvió y sirve para ordenar el proyecto, y nos permite ahora insertar la arqueología del Nordeste en el conjunto de la arqueología sudamericana.

b) La determinación precisa de la fenomenología de los yacimientos nos ha permitido afinar una técnica adecuada para el caso, que si bien no es excluyente, apunta a la identificación de contextos y de su cronología. Esto supone una tarea más lenta y engorrosa, pero asegura la posibilidad de conocer el desarrollo cultural de cada región o subregión en términos de mayor amplitud, que complementa precisamente las recientes seriaciones y fechajes radiocarbónicos de contextos cerámicos que hemos citado en nuestras aproximaciones cronológicas.

c) La identificación y caracterización de formas culturales ha puesto de manifiesto la necesidad de ejercer una crítica rigurosa con la información que se utiliza, para no caer en la improvisación o en la repetición y acumulación de errores. Las condiciones de hallazgo, la idoneidad del excavador, la técnica de excavación, la metodología utilizada, la documentación exhibida, no siempre están a la altura de lo que exige su utilización como fuente. En este sentido, la crítica debe ser objetiva, pero implacable.



d) La separación definitiva entre la información histórica y la arqueológica debe mantenerse hasta que llegue el momento de poder ensamblarlas, so pena de causar mayor oscuridad que la ya existente, como consecuencia de atribuir a etnias históricas cualquier resto arqueológico. Se impone, sí, una revisión de las fuentes, que también estamos cumpliendo, para extraer de ellas información sobre el medio, recursos naturales y su aprovechamiento por parte de los indígenas, a los efectos de aumentar la seguridad de las inferencias hechas a partir de los sitios excavados (Chiri, 1972).

e) Las dificultades cronológicas que se presentan pueden ser superadas con un trabajo preciso y ordenado. La determinación de contextos es la exigencia inmediata que podrá lograrse según ya hemos dicho más arriba. Esto no excluye sino complementa con mayor información la seriación de tipos cerámicos procedentes de sondeos estratigráficos por capas artificiales, que no siempre proporcionan imagen adecuada de la cultura y el estilo de vida de los pueblos que los fabricaran.

f) Cumplimos en declarar que este replanteo, que siguió a nuestra primera hipótesis de trabajo (Lafon, 1971) no representa sino el estado actual de nuestra labor y podrá ser modificado total o parcialmente, a medida que avancemos en el proyecto.

g) Por el momento, el replanteo responde a la práctica. Acabamos de cumplir una nueva temporada de excavaciones en Anahí (partido de Escobar, provincia de Buenos Aires), que ha permitido comprobar una vez más en el terreno que la técnica de excavación que utilizamos es la adecuada para el yacimiento en cuestión.

Museo Etnográfico, 1972.

## BIBLIOGRAFIA

AMBROSETTI, 1895

Ambrosetti, Juan B.: *Los cementerios prehistóricos del Alto Paraná*. En Boletín del Instituto Geográfico Argentino, vol. XIV, Buenos Aires, 1895.

CIGLIANO, 1963

Cigliano, Eduardo M.: *Arqueología del noreste de la provincia de Buenos Aires*. En Anales de la Comisión de Investigación Científica de la Provincia de Buenos Aires, La Plata, 1963, pp. 471-511.

CIGLIANO Y OTROS, 1971 a

Cigliano, Eduardo; Raffino, Rodolfo, y Caggiano, María: *Resultados de las investigaciones arqueológicas efectuadas en la zona de Salto Grande* (provincia de Entre Ríos). En Revista del Museo de La Plata (nueva serie), sección Antropología, tomo VII, La Plata, 1971, pp. 79-107.

CIGLIANO Y OTROS, 1971 b

Cigliano, Eduardo; Schmitz, Pedro Ignacio, y Caggiano, María: *Sitios cerámicos prehispánicos en la costa septentrional de la provincia de Buenos Aires y de Salto Grande (Entre Ríos)*. En Anales de la Sociedad Científica Argentina, tomo CXCVII, entrega III-IV (setiembre-octubre de 1971), La Plata.

CHIRI, 1972

Chiri, Osvaldo C. B.: *Acerca de la utilización de valvas de moluscos y la formación de montículos del Nordeste argentino*. En Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología, nueva serie, tomo VI, Buenos Aires, 1972, pp. 163-172.

LAFON, 1968

Lafon, Ciro René: *Investigaciones arqueológicas en el Nordeste argentino*. En La Prensa, Buenos Aires, 8 de diciembre de 1968.

LAFON, 1969

Lafon, Ciro René: *Áreas de investigación*. En El Catolicismo Popular en la Argentina, cuaderno número 4 (antropológico), Buenos Aires, 1969, pp. 14-190.

LAFON, 1970

Lafon, Ciro René: *Arqueología del Nordeste argentino (investigación en curso)*. En Actualidad Antropológica (suplemento de Etnia), volumen 7, Olavarría, julio-diciembre de 1970.

LAFON, 1971

Lafon, Ciro René: *Introducción a la arqueología del Nordeste argentino*. En Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología, nueva serie, tomo V, número 2, Buenos Aires, 1971, pp. 119-152.

LAFON, 1972

Lafon, Ciro René: *Arqueología del Nordeste argentino*. Trabajo presentado al Segundo Congreso Nacional de Arqueología Cipolletti, mayo de 1972.

LAFON, MS.

Lafon, Ciro René: *Un modelo no tradicional para el estudio del cambio cultural en la Argentina desde el siglo XVI en adelante*. En prensa.

LOTHROP, 1932

Lothrop, Samuel K.: *Indians of the Paraná Delta*. En Annals of the New York Academy of Sciences, vol. 33, Nueva York, 1932, pp. 77-232.

MENGHIN, 1956

Menghin, Osvaldo F. A.: *El Altoparanaense*. En Ampurias, vol. XVII-XVIII (1955-56), Barcelona, pp. 171-200.

MENGHIN, 1957

Menghin, Osvaldo F. A.: *El poblamiento prehistórico de Misiones*. En Anales de Arqueología y Etnología, tomo XII, Mendoza, 1957.

MORRESI, 1971

Morresi, Eldo S.: *Las ruinas de Kilómetro 75 y Concepción del Bermejo*. Resistencia, 1971.

ORQUERA, 1970

Orquera, Luis Abel: *A cien años del primer descubrimiento de Ameghino*. En *La Prensa*, Buenos Aires, 6 de septiembre de 1970.

NUÑEZ REGUEIRO Y TARRAGO, 1972.

Núñez Regueiro, Víctor A., y Tarragó, Myriam N.: *Evaluación de datos arqueológicos: ejemplos de aculturación*. En *Estudios de arqueología* (Museo Arqueológico de Cachi), número 1, Salta, 1972, pp. 36-48.

RIZZO, 1969

Rizzo, Antonia: *Noticias sobre algunos talleres líticos en la costa del Río Alto Paraná*. En *Pesquisas, Antropología*, n° 20. *Estudios Leopoldenses*, n° 13, pp. 25-31, San Pablo.

SCHMITZ, 1970

Schmitz, Pedro Ignacio: *Excavaciones en casas pozo en el estado de Río Grande do Sul (Brasil)*. En *Antiquitas*, número XI, Buenos Aires, 1970.

SERRANO, 1934

Serrano, Antonio: *Noticias sobre un paradero indígena de la margen izquierda del arroyo Las Conchas*. *Actas y Trabajos Científicos del XXV Congreso Internacional de Americanistas* (La Plata, 1932), Buenos Aires, 1934.

SERRANO, 1972

Serrano, Antonio: *Líneas fundamentales de la arqueología del Litoral*. Publicación número XXXI del Instituto de Antropología, Córdoba, 1972.

ZAPATA GOLLAN, 1971

Zapata Gollán, Agustín: *La urbanización hispanoamericana en el Río de la Plata*. Publicaciones del Departamento de Estudios Etnográficos y Coloniales, segunda época, número 6, Santa Fe, 1971.

La Asociación Antiquitas informa que la colección completa de su boletín ANTIQUITAS (I-XIII) puede ser adquirida, lo mismo que los textos de los cursillos dictados durante el año pasado, en la sede del Instituto de Arqueología de la Universidad del Salvador, Callao 542, Buenos Aires.